

quel capitán Alonso Dávila, con todos los que con él iban, eran muertos; é al Alonso Dávila é sus compañeros les hizo entender que los de la caravela y el adelantado también eran muertos. É para esto hicieron los indios la paz con el gobernador, é diéronle gallinas é maíz é bastimentos é agua, con que se fuesse con su caravela, é assi lo hizo con mucha pena é dolor, pensando que aquella mala nueva era verdad. El Alonso Dávila, despues que le dieron también la mesma mala nueva, por su parte con su compañía, se tornó por donde avia ydo, é volvió primero á la villa que dicho de Salamanca, é mudó el pueblo de allí é hizo pasar con el mesmo nombre á donde avian topado primero el cacique de Cozumel, quando iba á casar su hermana; y en un lugarejo de pescadores, buen asiento, que por los indios se llamaba Çamanca, asentaron su veçindad, doliéndose de la muerte del adelantado, pensando que era verdad lo que dél le avian dicho, y esperando lo que la voluntad de Dios quisiese disponer dellos.

El adelantado avia pasado de largo descubriendo la costa; é acompañado de muchos trabaxos é tormentas llegó hasta treinta leguas de Honduras, á un rio que se dice Ulva. É desde allí dió la vuelta é fué á Cozumel, é supo de los indios de aquella isla adónde estaban los españoles con Alonso Dávila, é fuésse á juntar con ellos con mucho plaçer, non obstante sus trabaxos de los unos é los otros; porque por las nuevas que aquel mal chripstiano Gonçalo, marinero, avie publicado, todos pensaban que eran muertos los que estaban vivos, é se abraçaban con mezcladas lágrimas de goço.

Allí reposó esta gente pocos dias, porque el aparejo de su descanso estaba léxos, y el asiento de aquella villa no era á su propósito: é porque el adelantado estaba muy desseoso y en determinación de buscar un asiento é comarca, donde

el tiempo no se perdiesse, como hasta entonces, y á esta causa en la mesma caravela fué á la Nueva España, é llegado á ella prosiguió su camino hasta Tenuxtitan, por se proveer allí de gente é volver á poblar en aquel pueblo é puerto de Chitemal, donde aquel traydor é renegado marinero, llamado Gonçalo, hizo la prueba que la historia ha contado, porque allí avia visto el adelantado un buen rio é disposición para lo que el gobernador dessea. Ydo pues á México, avia dexado ordenado á Alonso Dávila con su poder, que, como su teniente, quedasse con la gente en aquella villa de Salamanca, en tanto que iba á buscar remedio é gente, como es dicho, en México; é cómo era amigo de Hernand Cortés, que poco antes avia venido con título de marqués del Valle, comunicó sus trabaxos é trances passados, é cómo no avia hallado donde pudiesse poblar, é todo lo que por él avia pasado. É díxole el marqués que, quando él avia ydo en busca del capitán Chripstóbal de Olit, que se le avia alçado en Honduras, avia pasado por una hermosa ciudad que está en la gobernación del mesmo adelantado é tierra de Yucatan, que se dice Acalan, rica é apropósito suyo, é loéla en tanta manera que le hizo mudar de propósito. É la Audiencia Real que en México reside, mandó y encargó al adelantado que fuesse á un pueblo que se dice Tavasco, que está en la costa del rio que llaman de Grijalva, é que tomase residencia á un capitán que allí estaba para guarda de aquella tierra, é que la asegurasse, é pacificasse los indios de aquella provincia. É con este despacho se partió de la ciudad de México con hasta cinquenta ó sessenta hombres, é fué á la villa de Tavasco é cumplió muy bien lo que por el Audiencia Real le fué mandado; é desde allí envió dos navios á llamar al capitán Alonso Dávila é á la otra gente, que con él avian quedado en aquella villa

de Salamanca é vinieron allí, porque le pareció al adelantado que estaba en parte

desde donde podría entender en la conquista é pacificación de Yucatan.

CAPITULO IV.

Del subçeso del adelantado don Francisco de Montejo, despues que estuvo en Tavasco, é cómo fué en demanda de la ciudad de Acalan, é de las vistas de entre él y el capitán don Johan Enriquez de Guzman *, é de una nueva invención é nunca antes oyda ni vista que los españoles inventaron para llevar sus caballos en canoas **; é cuéntanse otras cosas concernientes al discurso de la historia.

Despues que en Tavasco el adelantado tuvo pacífica la tierra é de paz toda su provincia, puso allí un teniente suyo por capitán, y él entró por la tierra la via de Acalan con hasta çient hombres, é los treynta dellos de á caballo: é despues que ovo caminado hasta sessenta leguas, adolesció en un pueblo grande que está en el nacimiento del rio de Grijalva, que se dice Teapa, en el qual pasó muchos trabaxos, assi por falta de mantenimientos como de otras neçessidades que él é su gente padecieron. Siguióse que en el mesmo tiempo desde México avia ydo don Johan Enriquez de Guzman, por comisión del presidente de la Nueva España, Nuño de Guzman, á la pacificación de la provincia é ciudad de Chiapa: é despues que en ella estovo, salió á visitar la tierra hácia el nacimiento del rio que dicho de Grijalva, é por donde passaba é lo hácia de paz, yba repartiendo la tierra, encomendando el servicio de los indios á los milites españoles, que en su compañía andaban. Lo mesmo avia hecho el adelantado Montejo por donde avia pasado hasta llegar al pueblo de Teapa: de manera que don Johan llegó á una población, que se dice Estapan-guaxoa, que á dos leguas de Teapa, é

cómo tuvieron noticia los unos compañeros del un capitán de los del otro, acordaron de verse los capitanes; é con buena amistad se concertaron, é don Johan socorrió con muchos puercos é otras cosas á Montejo, y él se los satisfiço con otras, é quedaron de acuerdo, é sin que oviesse entre los unos é los otros contención alguna, y en mucha conformidad: que era lo que convenia al servicio de Dios é de Sus Magestades. É comunicándose estos dos capitanes, dixo don Johan al adelantado que, pues tenia acordado de volver atrás por su enfermedad y enviar á su teniente Alonso Dávila en demanda de Acalan, que le pareçia que debia mandarle que se fuesse por Chiapa, donde don Johan tenia su asiento, é le ayudaria él con darle guias é con todo lo que él pudiesse ayudar é favorecer, pues que por allí era el mejor camino. É assi, teniéndoselo Montejo en merced, le respondió el adelantado que assi se haria, é don Johan con su gente se tornó á su asiento á Chiapa, é Montejo se volvió á Tavasco en canoas por el rio abaxo, y el teniente Alonso Dávila fué con la gente en demanda de Acalan.

Y en llegar desde Teapa hasta Chia-

* En esta parte se lee en el original: «é cómo el gobernador se volvió á Tavasco é envió á su teniente el capitán Alonso Dávila con gente, en demanda de Acalan, é cómo se tomó un pueblo que estaba dentro de un lago por muy gentil forma.»

** También aqui suprimió Oviedo las siguientes cláusulas, que se leen en el MS. original: «de dos en dos juntas é en cada par dellas dos caballos de

través, que en la una ambos caballos llevaban las manos y en la otra los piés: é de lo que passaron estos españoles hasta que llegaron á una laguna de dos leguas en ancho, donde se halló noticia de una forma extraña de un puente, que el marqués del Valle, Hernando Cortés, avia fecho algun tiempo atrás ó ante, por donde pasó aquella laguna.»

pa, que son treynta leguas, passó muchos trabaxos con ochenta hombres militares que llevaba, é los mas dellos de caballo, porque el camino es de los peores é mas fragoso que se puede pensar: y assi se despeñaron parte de los caballos é parte dellos se aguaron, é los demás llegaron tales, que fueron de poco provecho. Mas allí en Chiapa les hiço mucha cortesía é buen acogimiento el capitán don Johan Enriquez, é si por aquel cavallero no fuera; mal pudieran passar adelante; porque assi él como los españoles que con él estaban, socorrieron muy bien al Alonso Dávila é sus compañeros, é allí se repararon é rehicieron de caballos é armas, de algodón bastado é de lo que les convino para continuar su empresa, é les dieron guías, las quales mandó don Johan que fuessen con Alonso Dávila hasta le poner treynta leguas apartado de los términos de Chiapa. É assi se hiço, é quando las guías ovieron servido hasta las treynta leguas, se tornaron, porque de allí adelante no sabian la tierra ni entendian las otras lenguas que avia; é Alonso Dávila passó adelante é siguió su camino, aunque era algo peor é mas áspero quel pasado, llevando los caballos de diestro, é rotas é desportilladas las lumbres de las uñas, é muy trabaxados é flacos. É desta manera llegaron á una laguna, que tiene diez ó doce leguas de circunferencia, y en la mitad della un pueblo en una isleta con hasta sessenta casas de indios ricos é tractantes é de guerra.

É llegando allí, é no aviendo forma ni aparejo para entrar dentro, salió del real el comendador don Alonso de Luxan con hasta ocho ó diez de caballo, para costear aquel lago é ver é considerar su disposicion, é si hallarian entrada segura en él para aquella poblacion. É toparon en la costa quatro canoas pequeñas, y entrados algunos españoles en ellas, atadas juntas, hicieron una bal-

sa, é traydas á donde avia quedado el teniente Alonso Dávila con la gente, metiéronse en esta nueva forma de balsa doce hombres rodeleros é ballesteros; é á los lados yban nadando un caballo de cada parte, é al saltar en tierra echáronles presto las sillas é cabalgaron en ellos dos ginetes veteranos é diestros, é hicieron rostro á los enemigos, que no quedaron poco espantados de ver tales animales é la osadía con que allí avian entrado esos españoles. Y en tanto las canoas ó balsa tornó á traer á la isleta otros tantos chripstianos, porque el trecho del agua por allí seria hasta un tiró de ballesta; é desta forma, entrados mas é mas milites, ganaron el pueblo. É cómo los indios tenían canoas, fuéronse por otro costado del pueblo con quanto pudieron llevar, puesto que quedaron bastimentos á los españoles, que lo avian bien menester, é no quedó persona ni se pudo aver sino una india sola, la qual dixo que era esclava del caçique, é quella sabia dónde estaba, é que llevaria los chripstianos allá, é quel caçique tenia doce cargas de oro.

Con esta simple informacion se acordó que don Alonso de Luxan quedasse en la isla, é fué el teniente Alonso Dávila con la compañía que le paresció é con aquella guía á buscar el oro que avia dicho, é llevó á los chripstianos seys leguas de allí por aquel lago, en buenas canoas de algunas que los indios huydos avian dexado. É cómo Alonso Dávila saltó en tierra, bien pensó que tuviera alguna resistencia, porque se vian muchos indios; pero no le osaron atender, é dexáronse muchas cargas de plumas de las doradas, de que hacen los indios muy hermosos penachos, y es grande é rica mercadería tales plumas entrellos.

É pues viene á propósito, es de saber que en aquellas partes hay ciertas aves no mayores que golondrinas, é assi la cola hendida como ellas ó como los mi-

lanos; pero las dos plumas de los lados de la cola son luengas, é las otras muy cortas, é aquestas dos plumas que digo es cada una dellas de dos ó tres palmos de longitud cada una, é mas é menos, segund la edad del páxaro. Quando le toman, vuela poco, porque si un poquito de viento hay, como tal ave es chequita, y es contrapeso aquellas dos plumas grandes para ella, luego la abate la manera de la pluma. Porque se han visto en España muchas dellas, y en Italia é otras partes de Europa, donde las han llevado, no es necesario detenerme en esto. Es su color de muchas plumas ó hilos de aquellos que tienen las plumas de los pavos de España, doradas, é como unos tafetanes que hacen, que se dicen girasol, que junto con lo dorado, muestran otra color verde mixto: es muy hermosa é lucida pluma, é como he dicho, mucho estimada entre aquella gente.

Tornando á la historia, aquel oro que la india decía, no lo hallaron, é dieron la vuelta los españoles á su real, llevando algunos indios que tomaron desmandados, los quales dieron alguna noticia del camino de Acalan, é fueron guías, con las quales el teniente Alonso Dávila é su gente camparon delante. É andadas treynta leguas desde aquella laguna é por muy mal camino é ciénegas é malos passos, allegaron á un rio que va á se juntar con el de Grijalva, é por la costa del un pueblo de diez casas, los indios del qual esperaron de paz é los guiaron para adelante. Allí les dieron buenas canoas, con que abaxaron tres leguas por aquel rio, para tomar adelante el camino de Acalan, é para llevar los caballos en ellas, hacíanlo de la manera que aqui se dirá. Pero quiero primero traer á la memoria del lector aquellas siete maravillas ó miraglos

particulares del mundo, que por excelencia muchos escritores antiguos memoran en sus tractados, é son aquestos.

El templo famoso de Diana Efesia, del qual el muy doto varon Erasmo hace mençion en aquel su libro de la lengua, é mas largamente Plinio en su *Natural historia*¹; el qual dice que la verdadera admiracion de la manifiçencia greca, é que toda la Assia le edificó en dosçientos y veynte años, etc.

El segundo miraglo ó maravilla de las siete, que otros dicen ser el primero, fué aquella grandissima é famosa estátua del sol, por otro nombre llamada el Coloso, que estuvo en Rodas; de la qual hace memoria la historia de la perdiçion de aquella isla, de quando el grand Turco pocos años ha la conquistó². Aquesta estátua, segund escribe Plinio³, la hiço Cares, escultor natural de Lidia, la qual era de setenta cobdos de altura, é dice que sus dedos eran mayores que lo son muchas estátuas, é que pocos hombres abraçarian el dedo grueso, etc.

El sepulcro del rey Mauseolo es uno destes miraculosos edefiçios, é llámase assimesmo *mauseolo* esta sepultura, por respecto de aquel rey que en ella se puso, ó por cuya memoria Artemisia, su muger, la hiço hacer; del qual edefiçio largamente escribe Plinio en su *Natural historia*⁴, é da raçon de su grandeça é de la excellencia de quatro escultores, que labraron en este memorable sepulcro, é acabóle otro quinto maestro, etc.

Diodoro hace mençion de una de las tres pirámides entre los siete miraglos del mundo, en su libro II.

El mesmo auctor assimesmo hace mençion del obelisco de Semíramis por uno de los siete miraglos⁵.

El templo de Júpiter llámase assimes-

¹ Plin., lib. XXXVI, cap. 14.

² La Hist. de Rodas, lib. II, cap. 8.

³ Plinio, lib. XXXIV, cap. 7.

⁴ Ib., lib. XXXVI, cap. 5.

⁵ Diodoro Siculo, lib. III.